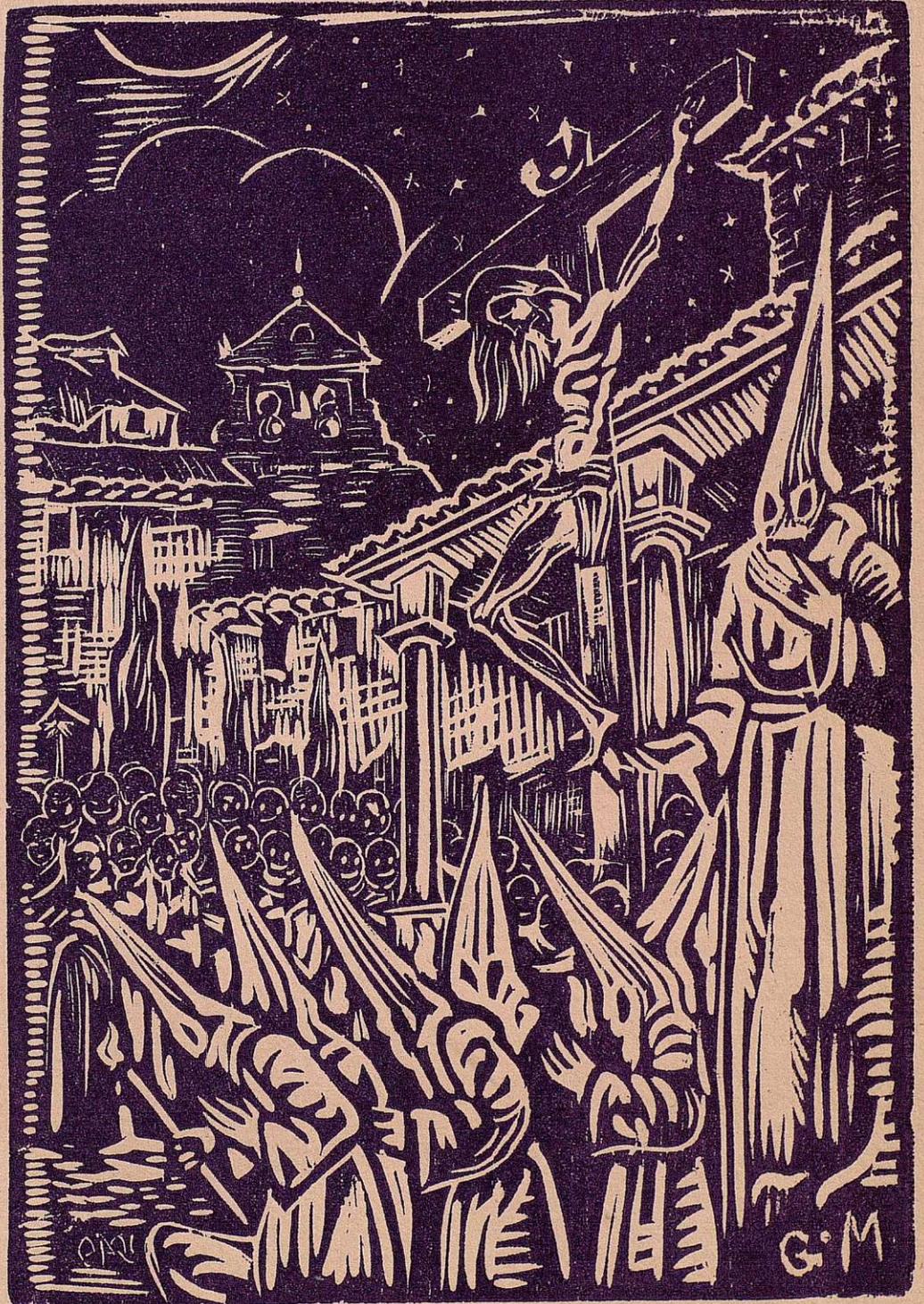




AYER y HOY



6

Abril - 1949



AYER Y HOY

REVISTA ARTÍSTICO-LITERARIA
EDITADA POR
LA ASOCIACIÓN
DE ARTISTAS
TOLEDANOS

Año I • Redacción: Gigantones, 3 • Toledo - Abril 1949 • Núm. 6



IMÁGENES DE LA SEMANA SANTA TOLEDANA

DOLOROSA

**Marcha en la noche en su dolor sumida,
sin estrellas que brillen en su frente.
Sólo surca una lágrima candente
su palidez de madre entristecida.**

**Valle de soledad; tórtola herida.
Sobre el pecho la espada reluciente,
corazón que deshoja lentamente
a latidos su llaga dolorida.**

**Van sus manos cruzadas como lirios
abiertos de su manto en la negrura.
—Temblor de alas y lucir de cirios—.**

**Sin el Hijo que alegre su alma pura,
dolorosa transida de martirios
recorriendo su calle de amargura.**

CLEMENTE PALENCIA

CRISTO REDENTOR

**Camino de la Cruz... ¡Quién te siguiera
besando el lirio que dejó tu herida!
¡Quién pudiera poner en tu caída
una rosa de amor que aliento fuera!**

**Amortajar cual triste enredadera
el sudor de tu frente dolorida,
y a cada llaga que brotó encendida
convertir en clavel de primavera.**

**Jadeante de amor, Cristo divino
bajo la inmensa Cruz su pena alarga.
¡Quién saciase su sed de peregrino,**

**endulzara con miel su hiel amarga,
o fuese en el dolor de su camino
un Cirineo que alivió su carga!**

CLEMENTE PALENCIA

ACONTECIMIENTOS DE AYER

Abril del año 1521

Carta que el toledano Juan de Padilla escribe a su mujer Doña María de Pacheco, horas antes de ser decapitado.

«Señora: Si vuestra pena no me lastimara más que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado, que siendo a todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de muchos plañida, y dél recibida en algún servicio. Quisiera tener más espacio del que tengo para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo; ni a mí me lo dan, ni yo querría más dilación a la corona que espero. Vos, señora, como cuerda llorad vuestra desdicha y no mi muerte, que siendo ella tan justa de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos: Vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que más os quiso. A Pero López mi señor, no escribo porque no oso, que aunque fui su hijo en osar perder la vida, no fui su heredero en la ventura. No quiero más dilatar por no dar pena al verdugo que me espera y por no dar sospecha que por alargar la vida alargó la carta. Mi criado Sosa, como testigo de vista e de los secretos de mi voluntad, os dirá lo demás que aquí falta, y así quedo dejando esta pena esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.—Juan de Padilla.»

Por la transcripción: RAMÍREZ DE DIEZMA.

LA PROCESIÓN DEL SILENCIO

**Enigma de penumbra y de rincones
roto en arista de afilada esquina.
Canta la voz de un bronce. Se avvicina
el ocaso de las costalaciones.**

**Surge en la procesión de capuchones
—sendero de cipreses— la divina
imagen de Jesús; su faz declina
sobre un flujo de cirios y oraciones.**

**Gotas de fuego los panales lloran.
El dulce Agonizante nos bendice
desde la cruz. Comienza la salmodia.**

**Prietos, los fieles se recogen y oran.
La noche vibra. Hasta el silencio dice
¡Miserere, Señor, misericordia!**

ANTONIO DELGADO

Nuestra portada, que representa «La Procesión del Silencio», es un grabado en madera de Guerrero Malagón.

GALERÍA

FERNANDO ALLUÉ Y MORER. - Su nuevo libro

Admiramos lo valiente. Por esto, nuestra admiración para Fernando Allué, que en época tan impropia, escribe y publica versos. Su segundo libro toledano de poesías, «Púrpura del Aire», está ante nosotros.

Decimos toledano, porque fundamentalmente va dedicado a Toledo, y aún más importante, escrito en Toledo y por Toledo, bajo ese azul que el poeta reclama en propiedad ansiosa:

«¡Aquí está, aquí, mi hermoso
cielo, clave de estío!»

Toledo es, inevitablemente, piedra de toque para quienes tengan ancha sensibilidad ante la belleza, la poesía y el color. De manera fatal se va saturando el alma en plena contemplación admirativa. Un día se rompe la inercia, y el espíritu crea; surge el pintor o irrumpe el poeta. Este es el caso de Allué.

Viendo sus versos jóvenes, percibimos la buena escuela, culta, severa, exigente y apretada. Mecánicamente, son piezas bien engranadas y acopladas. Pero la máquina marcha lenta; al final, el mismo poeta la detiene. Hay algo que no ha encontrado aún, que no puede aprenderse en una lección, ni del mejor maestro.

Pasan años. El poeta viene a Toledo. Y halla aquí, entonces, dinamismo para su perfecta mecánica. Encuentra *vida*, vida poética, densa, envolvente, estética de añosa solera, sugerencias que brotan de un venero inagotable. El fenómeno se realiza: su espíritu creador se pone en marcha con potente embolada. No es, pues, un poeta que ha encontrado a Toledo, sino una poesía despertada por el ambiente de nuestra ciudad, que, reconocida a él, lo canta en su mejor estilo, sin desorbitadas piruetas ni blandos lamentos niños.

En su primer libro, «Con artificio de las altas ruedas», el poeta bebe las fuentes más intensas, aquéllas que pueden llevarle a descubrir el secreto de Toledo. Ese libro para él es una necesidad, es la presión, la coacción de la ciudad milenaria, ineludible a su alma nuevamente abierta de poeta.

Pero acaso a nosotros nos parezca más interesante este segundo libro, no porque sea mejor, sino porque es más íntimo. El poeta, en él aparece viviendo su vida sencilla, amable, y entonces sus versos tienen la alegría de la vida bella; otras, en cambio, el diapasón se hace serenamente patético, como en aquel soneto angustiado de la ciudad clavada por la guerra, en donde la ansiedad de una noche de sombra recibe la bendición de Dios:

«...Y es el dolor un alba inmensa: el hijo.»

En ocasiones, una comparación sugiere acaso, el íntimo cariño admirativo por el objeto querido o hacia una joya familiar.

«Y este universo azul? Claro está el cielo
como un esmalte inmaculado...»

Para contemplarse más libre, el poeta ha salido de la ciudad. Vive respirando su aire, su cielo, pero no su historia. Porque aquí es la suya propia la que importa. Sencilla, humana, mas sensibilizada a toda belleza. Y los pájaros, los árboles, los niños que juegan alegremente en la piscina, los tiestos de la terraza, cosas sencillas y normales que, con penetrante mirada, enfoca desde su balcón, quedan definidas de manera exacta, con un lirismo inmovible. Frente al balcón abierto de su casa, todas las tardes acecha el poniente. Por encima de los árboles y los sembrados, se consumará

el milagro del ocaso, esos crepúsculos toledanos que un extranjero reconocía como los más bellos del mundo, Y la emoción de tanta belleza, imposible al hombre, hace vibrar su sensibilidad extasiada; su imaginación moja en el espacio y traza el título de su libro.

El poeta quiere rendir homenaje a los rincones amables recorridos en otros días pasados. Nos los muestra en la apaisada dimensión de veintiocho sonetos, magníficas postales de catorce versos, donde encontraremos aciertos plásticos definitivos:

«Pico de Santa Tecla, cumbre aguda
rasgando espacio, acariciando viento»...

Muchas veces, vemos en ellos al poeta retratado por el recuerdo:

«Salamanca en el oro incomparable
de la Plaza Mayor! Mi adolescencia
abre su afán, henchida de presencia
en un girar de vuelta inacabable.»

Cuando su mirada, cansada de ver mieses castellanas, rompe en asombro ante el barbecho marino de las olas, exclama:

«Mi primer mar. Mojándome la planta
aquí mis ojos le sorprenden... Tengo
pecho desnudo de canciones. Vengo
de tierra seca, seca la garganta.»

Pero no, son sólo recuerdos; el presente, Toledo, tiene mucha más fuerza.

Por esto, después del recorrido nostálgico por aquellos rincones amados, define su estado anímico con un último soneto que, naturalmente, titula «Toledo» y que empieza:

«Y Toledo. Toledo: Mis canciones
abiertas a los campos, al sol puro,
a la ilusión del viento. Allá en lo oscuro
yace inmóvil la silva de rincones.»

Es su definitiva profesión de fe, como poeta toledano.

«GARCÍA LASO»

Homenaje a ENRIQUE VERA

El domingo día 3 de Abril se reunieron en la Venta del Merendón cerca de doscientas personas asociados a «Estilo» y amigos de Enrique Vera, en una comida homenaje al que hoy es Presidente de nuestra Asociación, por su reciente nombramiento de Académico de la de San Fernando y su triunfo en las pasadas elecciones para diputados provinciales, donde su candidatura, presentada por la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo y por la Asociación de Artistas Toledanos «Estilo», resultó elegida.

La comida estuvo animadísima. Al final de ella, Julián Corral, en nombre de la Asociación, hizo el ofrecimiento del homenaje, en un aplaudido discurso en el cual exaltó las dotes artísticas del Sr. Vera a través de su carrera como pintor de la luz y el ambiente toledano.

También pronunciaron elocuentes palabras don Joaquín Mestres, el Alcalde, señor Marín y el Presidente de la Diputación señor Rodríguez Bolonio. El homenajeado agradeció el acto en un emocionado discurso lleno de sencillez y afecto para todos.

Este acto es una demostración más del vigor ascensional que nuestra joven Asociación va consiguiendo, la cual, de manera espontánea, se atrae la simpatía de Toledo, ya que por Toledo, por su pasado y su presente, por el arte de ayer y de hoy, cobró vida. En los discursos que allí pronunciaron el Alcalde y el Presidente de la Diputación, vimos que nuestros ideales altruistas en pro de Toledo están perfectamente comprendidos y alentados por nuestras primeras autoridades. Esto ha de servir de estímulo a todos. Pero también crea un deber: el de no defraudar a Toledo. «Estilo» se ha comprometido a una noble tarea, la de hacer

volver a brillar en nuestra ciudad, tesoro artístico de los siglos, el Arte, con los destellos de sus mejores épocas. Debemos trabajar perfeccionando técnicas, madurando nuestros estilos personales, haciendo obras incansablemente. Y para ello, ningún ejemplo mejor que la perseverancia, la tenacidad y el amor a Toledo, cuyo homenaje rendimos en la persona de Enrique Vera.

A V I S O

La Junta Directiva de «Estilo» tomó la decisión de prorrogar hasta el próximo día 20 de Abril, a las doce de la mañana, el plazo de admisión de trabajos literarios con destino al concurso convocado en honor de Nuestra Señora del Valle.

TOLEDO EN EL ARTE

TOLEDO VISIGODO

POR GUILLERMO TÓLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Antes de entrar en el estudio del tema, citaremos como correspondiente al arte paleo-cristiano el grupo de Sarcófacos toledanos integrados por dos de Layos; uno en la Academia de la Historia de Madrid, otro en el Convento de Santo Domingo el Real de esta ciudad, un fragmento de Erustes en el Arqueológico de Madrid y otro en la Puerta del Sol, y por último, uno completo de Puebla Nueva, cerca de Talavera, en el Arqueológico Nacional. Sin gran unidad de estilo, tienen la nota común de ser historiados con esculturas, regulares o buenas y estar más cerca estilísticamente de la tradición clásica que de la escultura visigoda, bien parca en figura humana. Se les asigna el siglo IV y la cita que hago de ellos es más bien sistemática, pues ni pertenecen a la capital, ni creo que sea escultura indígena.

En general, no quedan huellas visigodas para concretar la importancia que debió tener la capitalidad del imperio godo, aunque el ámbito de la población ibero-romana era más que suficiente para albergar a la antes errante y analfabeta corte visigoda.

Dos cosas han perjudicado la capacidad arqueológica de Toledo: una, el haber estado habitada siempre, y otra, el tener la roca a flor de suelo que no permite la estratificación de las civilizaciones, como ocurre por ejemplo en Córdoba, donde la capa romana se encuentra a un metro del nivel actual.

La falta de sedimentación está favorecida por el continuo tráfigo de la historia, y sobre todo por las invasiones árabes que, con sus guarniciones fronterizas, debieron liquidar toda la iconografía cristiana. Por todo esto, lo que queda de lo visigodo en Toledo es menor, casi, que lo de Mérida, y desde luego no queda ninguna Iglesia intacta, como ocurre desde Venta de Baños para arriba.

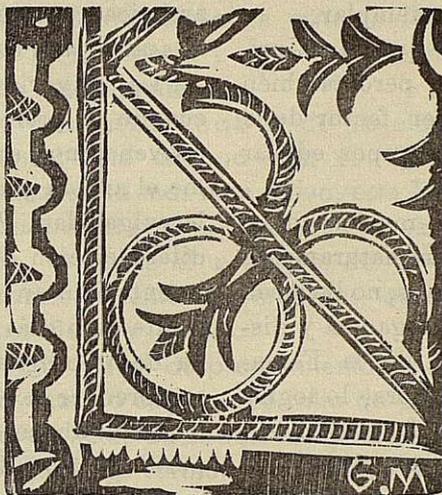
Tampoco debió ser muy fuerte lo netamente visigodo en Toledo, pues su área arqueológica limita por Carpio de Tajo, lugar donde se han encontrado espuelas con incrustaciones visigodas.

Arquitectura.—Poco definido el templo visigodo en Toledo, debió tener huella de él, la Iglesia de San Ginés, que se desmontó el 1840. De ella queda un ventanal geninado en el Arqueológico de Madrid, y más o menos en su sitio, el conjunto de piedras talladas, que aún decoran el paredón del callejón de San Ginés.

De época visigoda creemos la estructura de la planta del Cristo de la Luz, que hace estilo en Toledo, en las Torne-

rias y en lo queda de San Lorenzo. Corresponde a una Iglesia de tipo claramente bizantino, sin ábside y de cúpula centrada. Los ventanales centrales más bien son visigodos y árabes, aun en la actualidad. Más enlazado con lo toledano nos parece la Basílica de Guadamur, pues el tipo basilical es lo que hace estilo toledano, hasta que se impone el barroco y aún luchó con él, tal como en Santa Leocadia.

La Iglesia Visigoda debió aprovechar sótanos romanos, como criptas, y esto es la explicación como debió ocurrir en San Ginés y Tornerías. Típico de la edifica-



Piedra visigoda que hay en San Ginés

ción visigoda es el ábside cuadrado, que se da como persistencia de forma o aprovechamiento de cimientos en San Miguel el alto y en la Iglesia de Santa Leocadia; acaso como simple casualidad.

La Basílica de Santa Leocadia, debió aprovechar, por lo menos, los materiales y el emplazamiento del circo romano; hoy no queda *in situ* o casi en él, más que una columna, tal vez la más interesante de Toledo, en el jardín de la actual Basílica.

Escultura.—Toda es decorativa y se conservan buen surtido de capiteles, entre otros, los cuatro del Cristo de la Luz (uno en el suelo), los del patio interior de Santa Cruz, San Miguel y San Román.

La pila bautismal, que se conserva en el arqueológico (Sala II), es de lo más interesante; pie de altar hay uno en el patio de Santa Cruz, con la cruz picada, que yo rescaté de Zocodover en mis tiempos heroicos, en que me metía en estas camisas. Buen grupo de piedras talladas, sobre todo capiteles (o cimacios), forman las que ocupan las graderías de la sala anteriormente citada, entre las que hay una con figura humana, tema bien escaso del estilo. De los dos tipos de cancela visigoda, hay el de cancela plana, uno en

la torre de Santo Tomé y otro el que estaba en la Cava, se conserva en el Museo Arqueológico Nacional por haber sido regalado a Amador de los Ríos.

Piedras visigodas quedan en los siguientes sitios: Torre de Santo Tomé, Torre del Salvador (muchísimas en la escalera y revocadas al exterior), fachada lateral del Salvador, ábside de Santiago, fachada de San Bartolomé, 1, y un grupo en la Academia de Toledo. Pilastra de gran mérito, es la de Santa Justa. El Museo Arqueológico de Madrid conserva varias piezas, entre otras, una quicialera que regaló el Sr. Reyes Prósper.

En general, son en berroqueña y alguna en mármol. Los temas son pobres; la mayoría reproducen la roseta en friso y algunas rosetas, únicas más grandes en caliza, de las que hay ejemplares en el Puente de Alcántara, y en la muralla antes del Puente, ya bien descompuestas por la mayor alterabilidad del material.

Más variado ofrece el conjunto de San Ginés, que a más de la roseta tiene la concha y ciertos temas florales que constituyen el dibujo más complicado que he registrado en Toledo, pues en la reconstrucción de Steinmüller, aparece con dos frisos laterales y un panel central que inscribe una cruz foliácea en un cuadrado del que salen cuatro tallas en que se inscriben, a su vez, en círculos que tangencian los triángulos de esquinas. La técnica de todo es pobre; el típico bisel y los dos planos, y por lo que conocemos de los edificios intactos, eran piedras que decoraban con frisos las paredes, sin gran trabazón, con la arquitectura del edificio, representa un brote híbrido entre el arte bizantino que tomaron los visigodos sus contactos con el imperio en su estancia por el oriente europeo, y el arte bizantino de la península, de los que debieron tomar canteros. La mayoría de lo toledano es de VII, adjudicándose al VI la cancela de Santo Tomé.

Pintura.—No tenemos datos de este arte.

Artes aplicados.—Debióse trabajar mucho la cerámica, siendo a mi juicio la obra más interesante, el sepulcro de una niña del Museo toledano, hecho con losetas de plantilla complicada.

Del metal, la fama más mundial es el tesoro de Guarragar (Guadamur), que es un conjunto de coronas reales convertidas en lámparas votivas. De mucho nombre en su descubrimiento; parte se fundió, parte pasó a la Armería Real de Madrid, pero lo mayor fué a Francia. Rescatado por cambio de otras piezas españolas, y hoy está en el Arqueológico. La mayor pieza es la Corona de Recesvinto. Debióse enterrar con la invasión aganera y quedó en el olvido hasta mediados del pasado. Lo conocido de sus piezas evitan hacer una descripción de estas joyas de estilo bárbaro bizantinizante, a base de letras, tracerías geométricas e incrustaciones de piedras, unas de valor, otras simplemente toscas y vistosas.

RENOVARSE O MORIR

DEBIDO a que nuestra alma es progresiva, evolucionan en arte de una manera constante las formas dispositivas, encaminadas a modificar más hondamente nuestra sensibilidad, en una palabra, se intenta modificar la estética.

Cada artista se siente innovador a medida que va avanzando en el oficio y su arte va tomando caracteres personales, y si esto llega a ser acentuado y son sus obras geniales, llega a formar «escuela».

Hoy, desgraciadamente, son tantos los que quieren formar su escuela, que estos fenómenos se producen con harta frecuencia, que no ha habido más remedio que apellidar la especialidad con un «ismo» final.

Ahora bien, esta individualidad artística que tan afanosa como artificialmente se busca, para poder formar el «ismo», choca con un grave inconveniente: es el límite impuesto por los que hemos de contemplar.

En las Bellas Artes, bien es verdad que el fin primordial es la creación y no la imitación; pero también hay que tener en cuenta que el primer factor de la misión del Arte, ha sido en todos los tiempos educar la percepción de la belleza.

Hoy, el hombre, ya está de vuelta en muchas cosas. Vimos, aunque jóvenes, nacer y morir prematuramente muchos movimientos artísticos, que claro es, no llegaron a cuajar, porque amparados en la extravagancia y dislocación, quisieron auparse a la cima de la Fama. Aquéllos que poseían imaginación creadora, lo lograron; eran genuinos artistas, dotados de facultades extraordinarias: son los magníficos hitos que solitarios y gigantes se mantienen erguidos y, sobre todo, muy distantes en el escabroso camino de la Gloria.

Y decía que la colectividad de los que contemplamos la obra, delimita y constriñe al autor a ciertos límites, porque si la obra se destina a que suscite emociones, la psicología del público y autor han de conformar necesariamente. Cuando la obra no cumple con esta premisa, la obra fracasa. ¿Qué clase de emoción puede producir ciertos intrincados jeroglíficos coloreados, para cuya deducción se necesitaría la paciencia que exige el desentrañar un crucigrama? Para el autor, el jeroglífico será... algo que habla por sí solo, pero a nosotros, pobres admiradores, necesitamos una previa aclaración, y no olvidemos que los mejores cuadros, nos comunican fácilmente su último secreto. El arte no puede ser un talento superficial, sino que tiene que nacer de lo más hondo del alma.

La obra de arte no puede caducar, no puede darse el caso de morir; la obra de arte es perenne, porque la belleza es inmutable. Las pinturas rupestres de la cueva de Altamira y los frescos de Pompeya, conservan la misma actualidad que los últimos lienzos de Sorolla o Zuloaga. Esto prueba que la verdadera obra de arte, no pasa. Lo que pierde actualidad y pasan, son las efímeras obras de los que se esfuerzan artificialmente en conseguir algo «nuevo», es decir, violentan la naturaleza.

R. W. Emerson, cuando oía hablar de las maravillas de la pintura italiana, se imaginaba que los grandes cuadros serían cosas muy extrañas; sorprendentes combinaciones de color, o bárbaras mezclas de perlas y oro. Cuando al fin fué a Roma y vió los cuadros «hallé que el genio dejaba para los novicios lo chillón, fantástico y ostentoso, y que él se consagraba a lo sencillo y sincero; que era el viejo y eterno hecho lo que encontraba en muchas formas dentro del cual yo vivía».

Hoy día, la mayoría nos sentimos un poco defraudados cuando se anuncia la aparición de otro nuevo «ismo», y no es precisamente por la multitud de los que existen; sino por lo mucho que se habla de hacerlos. Son ya demasiados los principiantes que juegan a ser innovadores. Se ha abusado tanto, que el vocablo ha perdido actualidad, y se han hecho esas pseudo-revoluciones artísticas tan cotidianas y vulgares, que ya solamente se aplica para denominar las obras disparatadas.

La mayoría de éstas no son ningún «ismo», aun cuando la prensa y el autor nos esfuercen e intenten convencernos; son la vigorosa personalidad que imprime el artista y que el prescindir de ella, sería caer en la vulgaridad. Pero esto no lleva consigo que por esta diferenciación de sus obras más o menos acentuadas, intente sentar cátedra, puesto que el artista que se siente algo más que un corriente plagiador o copista, ha de impregnar con su forma peculiar de sentir y comprender la obra que realiza.

Este abuso de «ismos» ha echado a perder ese perfil de novedad y categoría, y tantas «rebeliones» contra las normas académicas —algo hay que poner por delante— ya no sirven sino para experimentar la ingenua satisfacción del narcisista de sentirse marginal y peligroso.

Yo creo que hoy día la posición más difícil, el caso más insólito que puede darse (cosa paradójica), es el de librarse de este flujo y reflujo de novísimas corrientes, de sentirse, valga la palabra, un tanto clasicista, pues esta posición equivale nada menos que a luchar —¡esa si que es lucha!— con la estabilidad permanente de las innovaciones.

Por ello, aun cuando sea contradictorio hoy día, el mayor revolucionario es el que no intenta llevar a cabo ninguna «peligrosa» innovación.

No quisiera que se interpretasen torcidamente estas líneas, ni quisiera sustraer ansias de renovación artística que son necesariamente en todo momento, sino al contrario, fortalecer aquellos espíritus pusilánimes que aún no se decidieron a su reforma. Renovarse o morir.

Sé muy bien que, para muchos, estas líneas serán horriblas blasfemias; nosotros las escribimos porque —exentos de todo virus de novedad— son hoy día las palabras más lógicas y normales que pueden decirse.

VIAJEROS EN TOLEDO

DE MI ALBUM DE APUNTES

Por ANTOANETA YORDAKE

Por intermedio de nuestro buen amigo Manuel Alía, catedrático de la Universidad de Valladolid, viene hoy a nuestras páginas este artículo debido a una joven pluma femenina.

La amplia cultura de la señorita Antoaneta Yordake, unida a su exquisita sensibilidad, nos proporciona sugerentes ideas, acertadas y sagaces, brotadas en su contacto con Toledo. Este contacto ya existía antes de salir de su patria. Un presentimiento intuitivo emocionaba su imaginación aún en Rumanía, durante días más felices, percibiendo las magnitudes geográfica, histórica y del arte, centradas en Toledo, y que hasta ella llevaba su afán de saber.

Luego viene a España como Secretaria del Instituto de Estudios Rumanos en Madrid. Entonces puede establecer el contacto en forma real y directa, y la ciudad la llena de asombro admirado.

Desconectada de su patria, actualmente realiza en Madrid una amplia labor literaria, escribiendo para revistas españolas y extranjeras; prepara un libro de poesías, «Elegías y Belleza» y una novela, «Exilio», que podrá unir a otra editada por Escelicer, titulada, «Un puesto en el Mar Negro», la cual ha obtenido un merecido éxito.—N. de R.

EN Rumanía, hace años (no hay mejor recuerdo que el despojado de toda matemática temporal, sin más límites que los divagatorios, de la memoria), descubrí, por un juego de casualidades que a veces llamamos intuición, la substancia inconfundible y como oculta de una ciudad, que tiempo más tarde y, en otras circunstancias, volvía a encontrar, diseminada, en su propia dimensión y geografía.

No era aquélla una ciudad palpable, real, cuya arquitectura permitiese abrir, sin temor a las equivocaciones, el camino hacia su conocimiento histórico; mas su inmaterialidad, prolongada en tiempo y espacio como un éxtasis, conmovía, tal una invencible realidad, no exenta de misterio.

Manos enamoradas de pintores

rumanos—los mejores—, habían recogido, en una sensualidad de amarillos y morados, donde cielo, agua, torres y muros se sumían en una universal, comprensiva pasión de lo eterno, la estampa de un Toledo, cuya huella, inquietante, quedaba y persistía en la memoria.

Conocía, porque tanto se ha dicho, y en tan singulares a veces apasionadas palabras, el juicio acertado, como su pluma, de un Quevedo o el romántico de Zorrilla, transmitido al no siempre objetivo del extranjero, sobre esta ciudad, de un tal hondo y castellano sentido del aislamiento.

Mas mucho había de revelar, aunque no de una vez, con una parquedad más bien altiva, este Toledo, cuya continuidad en el recuerdo, lograba el prodigio de una transición lenta, sin engaños, entre lo soñado y lo vivo.

Tal vez el desprendimiento, que a veces no es más que falta de perseverancia, de todos los juicios (o prejuicios), formulados, tanto en España como en el mundo, sobre la antigua ciudad visigoda, contribuya a crear un estado de alma, receptivo, dispuesto a juzgar por sí y a sentir.

Y el sentimiento, casi siempre llamado amor, sabía aceptar sin conocer, pero no sin aprender, la lección que el Pasado y la Belleza de una gran ciudad le enseñaba.

Toledo se ofrecía al entendimiento, depurado de toda literatura, de toda nostalgia hacia sus horas orientales, virgen, casi clásico en su inmutabilidad y permanencia.

Con las torres de la Catedral adentrándose en lo infinito, como unas esbeltas, poderosas lanchas, anegaba, tal un penetrante olor, diseminado de repente en la pureza de un aire trémulo, todo «saudade» romántico, que el siglo XIX ha amantado, deformándolo, como en un espejismo.

Frente a esta ciudad, enclavada como una pregunta en las riberas amarillas del Tajo, se comprendía

el daño, grande, que el romanticismo ha hecho: el de haber amado demasiado.

Porque el amor hacia la ciudad —también hacia su cronista, el Greco, «pintor maldito»—, ha creado, equivocadamente, la imagen de un Toledo tenebroso, extraño en su aislamiento.

Cuan lejos, sin embargo, de su realidad psicológica esta imagen, vaciando de contenido el paisaje y la historia, creando, sin querer, una ciudad novelesca, donde una pluma finísima, como la de Mauricio Barrés, veía sangre, voluptuosidad y muerte.

Es más bien extraño que una ciudad tan armónica, de una sutileza tan fluyente (me acuerdo de sus atardeceres, cuando los rayos púrpuros la envuelven como unas llamas muy apagadas), no haya despertado el recuerdo de ninguna ciudad griega, de Atenas, por ejemplo, la de Fidias, escuela de Grecia.

Porque si la armonía, no solamente de líneas, sino también de sentimientos, es el fundamento de lo clásico; si el equilibrio, como resultado de una reconciliación de estilos, escuelas, dan a la ciudad griega este poderoso ambiente de eternidad, ninguna ciudad tan clásica como Toledo, en el plenitudinario sentimiento de su permanencia, en su unidad, tan armoniosa de civilizaciones, razas, estilos, fundidos como en un inmenso portentoso crisol de bellezas.

Santa María La Blanca, aquella melancólica mezquita, hoy día piadoso templo cristiano, enseña más, hace meditar más sobre el sucesivo nacer y morir, tal vez resucitar, de generaciones, mundos, que fueron un día hijos de un sueño todopoderoso, desaparecido en los albores de una vida nueva, un mundo nuevo.

Y allí, en Toledo, un bello mundo oriental y efímero, moría, añorando sus horas, mientras el amanecer de un occidente cristiano se alzaba, sobre los pilares eternos, de una ciudad eterna.

REDENCIÓN

Florecieron los almendros. Los días eran claros y, en las primeras horas de la tarde, se buscaba la sombra en la arboleda. Verdearon los campos. Y las mañanas eran ligeramente frescas, los atardeceres ligeramente cálidos y los crepúsculos muy bellos, levemente velados por un sutil y traslúcido velo de neblina. (¿Quizá el vapor del río, o quizá el esfuerzo del que trabaja que se eleva hacia el cielo al fin de la jornada?).

Traspasaba todos los días la puerta amurallada, bajo estatuas de vírgenes y citas de guerreros, pensadores, alcaides, arzobispos y santos, y encaramándome a un montículo cualquiera, reposaba mis ojos y serenaba mi ánimo mirando al horizonte, como si intentase penetrar tras los montes y adivinar qué guardan al otro lado de sus crestas sinuosas y a qué ruta conducen sus caminos, puerta abierta a ignoradas lejanías... Sin embargo, mi alma estaba triste porque mi sangre hacía latir con fuerza mis sienas; seca estaba mi boca, y mi cuerpo —dominado por extraña influencia (¿el sol, la brisa, la tierra fecundando?)—, era un volcán ardiente de deseos.

La encontré en mi rincón favorito, sentada frente al pórtico, mirando atentamente como si quisiera llavarse mi retiro aprisionado en sus pupilas. La pregunté: Dime, viajera, ¿qué haces turbando mi quietud con tu presencia? Pero se había adueñado de mi secreto y pudo más su risa que mi fortaleza. Y cuando habían florecido los almendros, y eran las noches tibias y aromadas, se ha perdido la paz de mi rincón y el encanto de mi vida, porque mi alma estaba ausente y era mi cuerpo un volcán encendido de deseos.

* * *

Blandamente ha llovido. Era el día levemente gris. Improvisados arroyuelos descendían hacia el río y dejaban limpias y pulidas las piedras de las calles. Niños alborozados conquistaban los mundos del ensueño, navegantes en buques de papel, chapoteando sus manos sin pecado en el agua llovida; sus risas llenaban el espacio. Un rayo de sol escapó de su prisión entre dos nubes y un arco de colores se dibujó en el cielo... Y en el ambiente había un halo de purificación.

Escapaba todos los días hasta aquella avenida sobre el río, entre torres cuadradas, sinagogas vacías y «ghettos» transformados, y alimentaba mi espíritu con la quietud de su silencio. En mi vieja ciudad de la Nueva Castilla, que tiene aprisionado entre sus muros el carácter entero del Oriente y el rumor del Mediterráneo, que acaricia las costas del Asia Menor, yo pensaba si las pisadas últimas de las sandalias peregrinas del Maestro harían crujir la tierra mojada de la Palestina del mismo modo que mis propios pasos la de aquella avenida sobre el río. Y mi alma estaba alegre y mi cuerpo —dominado por extraña influencia (¿el día gris, la calma del paisaje, la llovizna sedante?)—, era austero y dolido penitente.

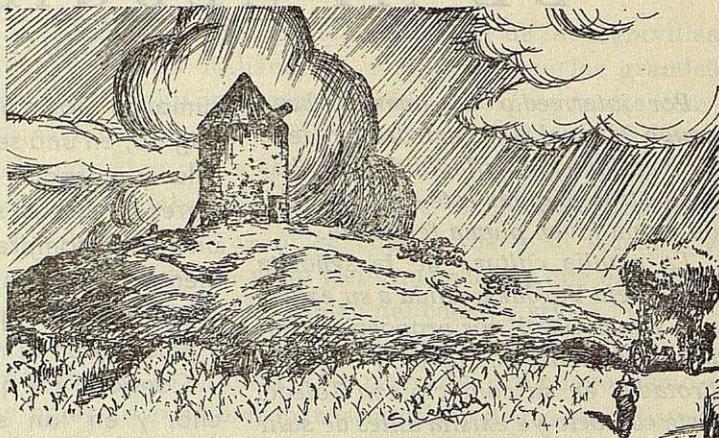
Hoy he vuelto a encontrarla en mi camino; pero nada se ha conmovido dentro de mí. Nada la he dicho. Y en el día levemente gris, cuando los niños juegan en las calles y el ambiente es propicio a la meditación, recuperaré la ruta de mi vida, porque mi alma estaba alerta y era mi cuerpo austero y dolido penitente.

* * *

(Cristo me ha redimido: Betania, Jericó, Jerusalem, Getsemaní, la Cruz... ¡Una oración y una saeta coronan mi victorial!).

JOSÉ SÁNCHEZ

MOLINO MANCHEGO



Para Sagrario Cepeda, que desde Villacañas nos envía ese delicioso dibujo.

*Mojón en la planicie serena de la estepa,
valiente mutilado, nostálgica unidad;
varada nao velera sin senda ni camino
en medio del barbecho de recia soledad;
gigante de una página gloriosa, eres, molino,
atado hito al presente con luz de eternidad.*

*El ábrego no sopla hinchando tu velamen,
ni cruje tu obra muerta redonda de tapial;
se han roto los timones; el surco de la estela
cegado está de mieses cubriendo el erial.
Antorcha eres, o faro, que silencioso vela
la ondulación dorada de un mar de candeal.*

*No bebes fresca brisa. La tempestad del tiempo
desarboló tus brazos y cercenó tu afán;
tu quilla, sólo, bebe la tierra de la Mancha
sedienta, calcinada, exhausta de dar pan...
Tu inmóvil singladura Cervantes te la ensancha,
pues Don Quijote y Sancho aún caminando van.*

ANTONIO DELGADO

EN NOCHE DE LUNA

**Observa el cielo de noche
en noche de luna clara;
sentirás bañado el rostro
en finos chorros de plata.**

**Yo una vez ví así la noche
y ya no puedo olvidarla;
tus verdes ojos bebieron
en su verde de esmeralda.**

**De tus labios aspiré
un dulce aliento que embriaga,
armonizado de aromas,
perfumado de fragancia.**

**¡Cómo olvidar esa noche!
¡Ay noche de luna clara!
Si para tí no ha existido,
para mí ¡quiero soñarla!**

SOLEDAD

**No llores, confía,
corre mucho el tiempo.
Yo allí con los ángeles
en el cielo espero.**

**¡Dios mío, qué espanto!
¡Qué solo me quedo!**

«SEDER»

PASION EN MI ALMA

En recuerdo a M. E.

Callaron los bronces, las torres están como muertas, mi alma angustiada.

VIERNES SANTO

Como el lirio tronchado y en su tallo prendido.
Como el fuego apagado y el aroma vertido.
Como el amor llorado cuando ya se ha perdido,
y el recuerdo adorado cuando todo se ha ido.

Jesucristo en la cruz.

Apagada la luz.

Descendieron su cuerpo y la madre lo besa,
tiene labios morados cuando ayer eran fresa,
y la madre le mira, y la madre le besa,
como un lirio tronchado que tiene en su regazo,
como para arroparle lo envuelve en un abrazo,
como por darle vida y darle su calor,
¡pobre Virgen María, sola con su dolor!

*Vosotros los que pasáis por el camino, dijo el profeta Isaías,
mirad si hay dolor semejante a mi dolor.*

¡Yo también he tenido en mis brazos lo que más
[he querido,
como el lirio tronchado y en su tallo prendido,
como el fuego apagado y el aroma vertido,
yo también he tenido en mis brazos lo que más
[he querido!

¡Pero no llores madre!

Que pasado el oscuro viene la esclarecida,
tras de la muerte amarga viene la dulce vida,
Cristo resucitado como luz encendida
es la firme esperanza del alma dolorida.

* * *

*Ha cruzado por los cielos la paloma blanca, las campanas
cantaron su alegría.*

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Hermosa la tarde que es flor en capullo,
el viento muy suave es como un arrullo.
Anda, vete y dile que es Resurrección,
díselo quedito en el corazón,
igual que un arrullo,
como un leve sueño,
tan sólo el murmullo
de ésta mi emoción,
díselo quedito en el corazón,
que es bella la tarde y es Resurrección,

* * *

DESPUÉS

Bajo los pinos,
frente al estanque,
junto al camino
que sube y sube
entre los verdes,
frente a los lilos.

Aquí me siento
sólo contigo,
sin que me veas,
sin que te vea,
junto al camino.

¿Dónde estarás?

Bajo los pinos,
frente al estanque,
junto al camino.

JESÚS PEÑALVER

La pasividad activa

El mundo actual es todo dinamismo. Movimiento. Acción. La Humanidad corre en cadena ininterrumpida. El desequilibrio se impone. Precipitado es el siglo y precipitados sus personajes. Los actos de los hombres, los inventos de los sabios, los artículos de los escritores, son eminentemente agresivos; salvo honrosas excepciones, eminentemente inútiles.

El mundo se desquicia materialmente. El átomo se puede fulminar igual que se pulveriza un cristal en trozos diminutos, imperceptibles.

Y este desquiciamiento material, estos ruidos estridentes, la atmósfera enrarecida por vapores tóxicos y demoleadores, todo ello, ha de conducir necesariamente a una situación muy grave: a un desquiciamiento de tipo moral.

Llegamos a la época de Cuaresma, de Semana Santa, y la vida sigue igual de ajetreada. Los militares, los profesores, los ingenieros, trabajan afanosamente por motivos grandes de pequeña importancia.

Las iglesias, aunque llenas de fieles muchas veces, no lo están tanto, sin comparación, como los cines y teatros, los campos de fútbol y las plazas de toros.

Y Dios espera; espera ser un poco menos de frivolidad, de indiferencia, de maldad, de locura... Sobre todo, en estos días de sacrificio, Jesucristo espera, allá en los cielos, la satisfacción que empañe los dolores de la crucifixión.

Pero... ¿Quién se sacrifica..?

Las monjas humildes que al tañir de una campana rezan entre rejas, se sacrifican; los frailes que en el agreste monasterio no ven más que pajarillos y árboles, cielo azul y tierra amarillenta y reseca, se sacrifican; todos aquellos enfermos que, postrados en sus camas, llenos de dolores, les ofrecen a Aquel que todo lo puede, se sacrifican también.

Sí; gracias a ellos, gracias a esos seres que ejercen una pasividad activísima, podemos todos los hombres, nosotros, los de la actividad pasiva, divertirnos durante el año entero.

Pero... ¿Y después? ¿Y en la otra vida? ¿Y en la vida que no acaba?

Pensemos todos seriamente en estas ideas, que las súplicas de la actividad, pasividad, los méritos de ese tercio glorioso, pudieran ser insuficientes para contrarrestar las muchas faltas de los que militan en el otro bando.

¡Y si grande es la misericordia de Dios, también es inmensa su justicia!

Ahora luchan sobre la tierra dos fuerzas políticas: la democracia y el totalitarismo. Más apropiado y exacto sería decir: catolicismo y comunismo. Sí; reaccionemos todos, aun tan sólo sea por un sentido egoísta de conservación.

Porque si no reaccionamos... ¿con qué valor y ánimos, con qué merecimientos vamos a pedir a Dios cuando necesitemos de un modo especial su auxilio?

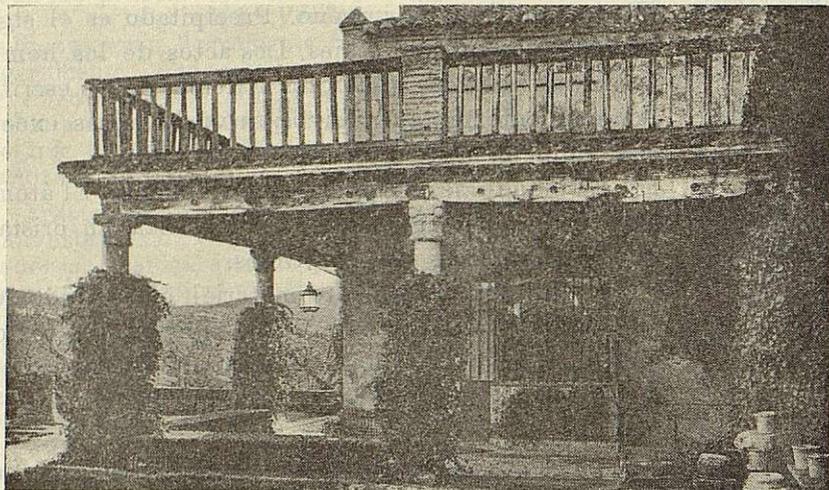
JOSÉ LUIS P. DE AYALA Y L. DE AYALA

MANCHAS DE COLOR

V

LA CASA DEL GRECO

Sus moradores



La riqueza de Samuel Leví

«Si don Simuel me diera la tercia del más pequeño monton que aquí está, yo non le mandara atormentar. ¡E dexose morir sin me lo decir!» Exclama absorto Don Pedro el Cruel cuando contempla extático aquellos fabulosos montones de oro y plata, verdadero tesoro de alucinantes ambiciones, escondido en uno de los sótanos secretos del fastuoso palacio de Samuel Leví, cimentado sobre las rocas escarpadas, testigos perennes de la canción milenaria del Tajo, donde el arte y la suntuosidad se ayuntaban.

La codicia del Rey fué fatal para su tesoro.

Toledo, la ciudad ascética, cuna de preclaros y honrados varones, de Reyes y de santos, rancia de abolengo y mística por excelencia, tiene que soportar el desenfado e insolencia del juvenil Rey al hacer gala de su pasión adúltera, exhibiendo a todas luces, ricamente alhajada, por las calles toledanas, signadas con la cruz del Nazarita, a su manceba la Padilla, mancillando el egregio blasón de Castilla...

Mientras que Doña Blanca, lirio de ilusión, desgrana la salmodia de sus cuitas de amor, rumorosa armonía de nidales, prisionera en el real Alcázar...

El joven Monarca necesita oro, mucho oro, para sostener su boato, y acosa al potentado israelita.

Samuel Leví cierra herméticamente su áurea bolsa...

Don Pedro le somete al martirio, y con frío estoicismo, el hebreo aguanta las vueltas del potro, quebrantando sus huesos los trágicos cordeles; después, son garfios de hierro, uñas acedadas, que desgarran la enjuta carne.

El judío muere sin revelar el sitio donde se hallan sus tesoros...

La ciencia del Marqués

La sabiduría y el misterio se adueñaron de los ámbitos de este palacio

que levantó la magnificencia de un hebreo.

Aquellas cuevas, que codiciosas atesoraron en sus lóbregas profundidades tesoros fantásticos como lagos de ilusión, ahora están preñadas de manuscritos que guardan el misterio de la vida y de la muerte...

En potes y redomas, el Marqués de Villena ha encerrado la ciencia de su época.

El vulgo ignorante, y con tendencia siempre a lo fantástico, tilda de brujo al sabio alquimista y poeta.

Mucho tiempo estuvieron estos locales sin habitar; la gente, medrosa, aseguraba que en las noches de plenilunio, al filo de las doce, hora de sortilegios, flotaba en el ambiente un halo de maleficio, y resplandores de amarillenta luz inundaban los subterráneos, escuchándose al mismo tiempo sordo rumor de arrastre de cadenas y entrechocar de cristales...

El honor del Duque

Corría el año de gracia de 1525. *El Rey Caballero* degranaba en la cisterna de las horas la amargura de su derrota de Pavía, prisionero en la torre de los Lujanes.

El Duque de Borbón, cobijando en su pecho las víboras de la traición, viene hacia Toledo a rendir al Emperador servil pleitesía...

Carlos V sale a recibirle con todo su atuendo principesco hasta las mismas puertas de la legendaria ciudad.

Le abraza, le da el parabién y le felicita por la bravura con que peleó contra sus compatriotas los franceses...

Ostentosas fiestas se organizaron en su honor, donde las damas lucieron su belleza, los caballeros sus brocados y los agasajos se sucedieron por doquier.

El pueblo toledano, noble y leal, desde las más elevadas alcornias hasta las más bajas y humildes esferas, ve con repugnancia las regias atenciones

dispensadas al Duque traidor a su patria y a su Rey.

El Emperador manda venir al Alcázar al noble Don Diego López de Pacheco, Duque de Escalona, para que albergue en su palacio del Tránsito al de Borbón...

Ante el mandato del César, el fiel servidor dió hospitalidad al extranjero en su propia morada, yéndose él a vivir con unos deudos, advirtiendo antes al Soberano, con todo respeto, que en cuanto el huesped saliera de su casa, la purificaría, haciéndola arder totalmente, por no poder ya ser cobijo digno de un español...

Y así sucedió.

Una noche, los toledanos pudieron admirar el magnífico espectáculo que ofrecía el incendio del palacio del Duque de Escalona, iluminando las llamas voraces las aguas inquietas del Tajo, que en su eterna salmodia asentían la valerosa azaña de un Duque español.

El arte del Greco

En la hora violeta del crepúsculo, la aristocracia de las artes y de las letras se dan cita en el romántico jardín de Domingo Theotocópuli.

Cómodamente sentados sobre jamugas y escabeles, departen plácidamente y con sencillez Tirso de Molina, Lope de Vega, el Padre Rivadeneira, el trinitario fray Félix Paravicino, el sabio juriconsulto Covarrubias, el poeta y guerrero Ercilla, Gracián, Góngora, Juan de Avila...

Todos admiran al genial cretense, creador de un estilo propio, fecunda imaginación atormentada por un ideal místico, que sólo él pudo interpretar en sus maravillosos lienzos, arrancando a su paleta mágica fulgores ascéticos, sin olvidar la rítmica del color entre grises de alucinación.

Sus amigos, momentos antes han contemplado el lienzo que acaba de pintar por encargo del cura párroco de Santo Tomé: *El Entierro del Conde de Orgaz*, donde deja plasmado para siempre el sello indeleble de su personalidad.

Un triste día de Abril han enmudecido las rumorosas fuentes de su romántico jardín. El viento sonoro tiene lúgubres compases de salmodia funeral.

El Greco ha muerto...

Las campanas del Monasterio de Santo Domingo el Antiguo rubrican la postrer apoteosis de este pintor, poeta visionario del misticismo.

PABLO GAMARRA

EL INDALISMO Y SPENGLER

POR FRANCISCO AGUADO SÁNCHEZ

Aunque esta nueva tendencia pictórica que se llama Indalismo ha ocupado la atención de las revistas, periódicos y conferencias, no se ha caído hasta ahora en la cuenta de explicar su razón de ser, por medio de la Filosofía.

Numerosos son los argumentos que definirían su concepto de actividad plástica y artística, si bien pudiera ocurrir que asaltase al lector una idea equivocada sobre el Indalismo, cuya fonética le da categoría no gramatical, sino espiritual.

La pintura, madre de las artes plásticas, tiene su concepto académico, como aquel arte que obra por la inmovilidad de las líneas en conjugación con los volúmenes y los colores, procurando dar ante todo visión de masa.

Este arte tiene, en unión con la poesía, la mayor trascendencia en la psicología de las civilizaciones. Es decir, la pintura llega a una fase de realización en los fines de período.

Siguiendo a Spengler, deteniéndonos en los ciclos fáusticos en que él divide las civilizaciones, se observa que la pintura aparece después que el dibujo, o sea hasta que el hombre no conoce la idea de que las cosas no están en un mismo plano.

Esto puede verse estableciendo la analogía que existe, por ejemplo, entre el niño que se cae cuando empieza a andar, porque no se da cuenta que hay una tercera dimensión, y las primeras actividades plásticas, de presentarnos siempre las figuras de perfil, pretendiendo quizá dar idea de la profundidad, pero en un sentido infantil. En los fines de período se entra en la culminación de los conceptos espirituales y artísticos de cada civilización. La pintura entra por el verdadero cauce de su depuración. Spengler establece aproximadamente cinco siglos de formación y cinco siglos de desmoronamiento para cada civilización.

A la pintura podemos darle la misión de trasladar lo que interesa de una civilización a otra, ya que sus manifestaciones son lo más tangible que se puede conseguir de la forma de ser del hombre durante el período que nos antecede.

Ahora vivimos precisamente en un principio de fin de período. Por esto se justifica la cantidad de nuevas tendencias, que se han dado en llamar «ismos», y que tienen, como normalmente debe ocurrir, sus primeras tentativas en la pintura, siguiéndole la poesía, música, literatura y por último la filosofía, que las abraza a todas.

España es el «nus» de las tendencias pictóricas. Su explicación está en lo variable de su morfología geográfica y en la mezcla de su etnografía. De nuestro país han salido todos los ismos, empezando en Goya, que fué el primer impresionista.

Volviendo a Spengler, en su «Decadencia de Occidente» nos explica que en España hay que hacer una salvedad sobre la fijación de los fines de período.

La civilización árabe española, y singularmente la del reino de Granada, murió con la Reconquista —1492—. Se cumplen los cinco siglos necesarios de los cálculos fáusticos. Esta es la diferencia del Indalismo nacido en Almería con todos los demás «ismos».

Este es un movimiento artístico universal, porque se ha producido en el tiempo ideal en que debe darse, con relación a la civilización árabe del Sur de España, llenando así el imperativo geográfico, mientras que los demás «ismos» son manifestaciones particulares que se encuentran desconectadas del Indalismo en la misma relación que la concepción estética centroeuropea con la meridional o mediterránea.

De aquí se deduce que el Indalismo pasará a la nueva civilización que Spengler fija para el 2000, como el Renacimiento a la nuestra, quedando los demás escalonados en el sentido del tiempo, como han quedado también las pinturas de la Alta Edad Media jalando el camino hacia el Renacimiento; recuérdense los admirables frescos de Giotto, Botticelli, Filippo Lippi o Signorelli.

Por esto el Indalismo carece de ese sello del ismo local, y es pintura como debe ser la pintura; sólo se vale de la plástica para conseguir sus obras.

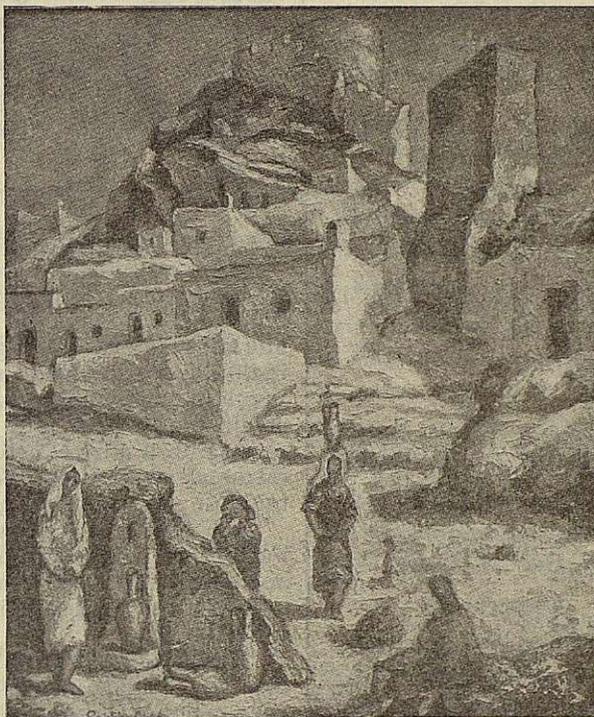
Será discutible la originalidad del Indalismo, pero Goethe decía que el genio no puede ser completamente creador, por tener que apoyarse en algo anterior para seguir creando; por esto el Indalismo se basa principalmente en su homotético el Renacimiento.

En el Indalismo pictórico hay de todas las formas de la pintura. Perceval se decide por las figuras de composición; Capuleto, por los ángeles cantores y los retratos; Cantón, por el paisaje lleno de luz y derramando colores sobre los volúmenes; Alcaraz, por los paisajes grises, lo mismo que Cañadas.

Vemos que el paisaje predomina y por ello es tal vez su especialidad más sugestiva.

En la poesía, Faura es quien puede considerarse como verdadero vate con su obra creacionista, jugando con los verbos y los adjetivos de una forma inmejorable. Hay más indalianos, como son Rueda, pintor; Banilado, poeta, y Ubeda y Campo, escritores, además de cultivarse la música con gran perfección dentro del Indalismo.

Esto es, en suma, la idea indaliana, movimiento artístico y espiritual que ha tenido que producirse necesariamente por la exigencia filosófica de la época y no incubación efímera de imaginaciones más o menos atormentadas.



Un paisaje de Cantón Checa

EN SERIO Y EN BROMA

GEOGRAFIA ANIMADA

Nuestro amigo CASTELLÓN, DE LA PLANA de anuncios del periódico SORIA tomar nota, y apuntó:

«¡Cazadores! Escopetas que sólo VALENCIA n pesetas. ¡No dejen de cazar al aire libre por tan poco dinero! ORENSE en el campo cazando.»

DeJA EN la mesa el papel, y allá se fué a la ALMERÍA donde se anunciaba la ganga. Pero en el camino se encontró con la VITORIA, vestida muy PAMPLONA; se le había perdido la SEVILLA de su cinturón y, sofocada, la buscaba.

—SEGOVIA usted demasiado, señorita (le dijo en chunga, mientras cogió del suelo la prenda que ella buscaba). Hay que tener más PALENCIA, VITORIA.

—CA DIZES, ¿pero eres tú? LUGO... ¿nos conocemos...?

—Sí; toma la hebilla y, ya contenta, PONTEVEDRA, que ha sido un bien encontrarme.

—¡Ya lo creo! SANTANDER te lo pague.

—Gracias a Dios que LOGROÑO contentarte alguna vez. Sepas que me traGERON Aquí tus ojos bonitos.

—¡Ay!, MURCIA gracias. Mucho me ALAVA tu piropo aunque no niego que M'ALAGA.

—Ya sabes que tengo motivos para que yo VALLA DOLIDA contigo.

—Si no me OVIEDO de tí, mujer.

—Sí. ¿Y la Zara?, eZA MORA que te embrujó.

—No es mora ni me embrujó. ZARA, GOZA de buena salud. Es decir, ahora no, porque esta CORUÑA mano rota y los ojos malos, en un sanatorio, por un accidente de casa mío; con que si SALA MANCA y VIZCA YA tiene bastante.

—CUENCA, CUENCA; ¿cómo pasó?

—Es largo de contar. Vamos al BAR CELONA, que es donde van los BURGOSes, y además hay «cantaos» y guitarristas, y el que mejor ALI CANTE o toque la guiTARRA GONA un premio.

—Me convences; tienes GRANADA la partida. ¡Vamos!

En esto, el BADAJOZ de la campana de SAN SEBASTIÁN tocaba el «Angelus».

Cuando entraron en el BAR CELONA, el público batía LAS PALMAS a los animadores. CASTELLÓN se hizo solidario, aplaudiendo también. Ella le dijo:

—Metes mucho ruido, tú, y es que es tu PALMA DE MALLOR CALibre para el ruido.

—¿Qué crees, que es de MENOR CALibre la tuya?

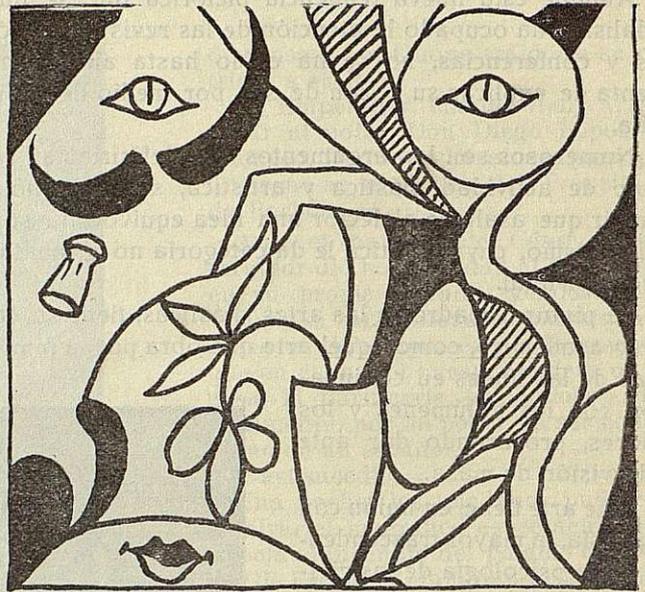
—Bueno, vamos a lo que importa; bebamos este vinillo, que sabe a CÓRDOBA, en NA VARRA del mostrador. Y empezó en tono solemne:

—La del ALBA... CETera... cuando salí de casa con mi perro, que GUADA LA JARA del coto de caza muy bien. CACE RESeS mayores, no creas, hasta un LEÓN. Estaba satisfecho de mi casa, cuando veo volando un AVILA. En esto LEDOy un tiro, aHUESCA las alas y... un ¡ay! desgarrador se oyó no lejos. Me dirijo al lugar y... ¡Oh, sorpresa! Zara yacía ensangrentada. Yo me dije: Como no HUELVA en sí, estoy apañado. Su interés por mí la había llevado allí sin yo saberlo y había recibido mi disparo...

—¿TERUEle mucho L'ERIDA? ¡Zara! Vamos pronto a la CIUDAD, REAL moza, a una clínica, y que no BILBA Otra vez a ocurrir esto.

—Ya comprenderás, VITORIA, que estoy comprometido a ser su MADRIDo. —CONCHA CASTAÑOS.

ARTE NUEVO



TAIMITO.

Mi tía Juana y mi tío Federico, el día de Año Nuevo

Tengo el gusto de presentar a ustedes esta obra cumbre que, a fuerza de prensarme el magín, y luego de mortales sudores y congojas, vine a producir, para admiración de los intelectos seleccionados, no para esos groseros y vulgares papanatas que se extasían con Velázquez, Goya, el Ticiano y otros tales por el estilo ¿Qué representa su sobada obra ante el arte ultraterreno, selecto y exquisito, estratosférico y aerodinámico, superatómico y ultravioletoide de nuestra escuela moderna?

¡Ah, señores! Nada de repugnantes bodegones, que huelen a cebolleta y a pescado podrido; nada de desnudos académicos sin ropa; nada de figuras vestidas de máscaras; nada de fotográficos paisajes, en los que rumía la vaca y cocea la mula.

Nosotros, los archisurrealistas superintelectuales, vamos más allá: plasmamos el pensamiento con arreglo a nuevas concepciones de lo bello, y así, como una hotentote de negra piel, morruda, panzuda, pechicolgante y con flacas piernas, despidiendo un aroma a bacalao putrefacto, le produciría aversión a cualquier ente vulgar de Vicálvaro o de Guadamur; para otro hotentote de la misma tribu le resultaría una excepcional belleza. El concepto de lo bello es, por lo tanto, relativo, y nosotros nos sentimos relativos, pero relativos de una clase especial. Nosotros captamos la quintaesencia, sintetizamos y pintamos el silbido de la locomotora, las estridencias de la bocina, el vuelo del avión supersónico, el vuelo del moscardón y el alma de los rasca-cielos.

¿No os sentís afectos de vértigos y de náuseas cuando recordáis la escuela francesa con Poussín, Claude Lorrain, Pierre Mignard, Antoine Watteau, Fragonard y otros marmarrachistas por el estilo? Pues ¿qué decir de la escuela italiana con su Fra Angélico, Boticelli, Ghirlandajo, Melozzo da Forlì, Rafael y Leonardo de Vinci? ¡Para decorar tapaderas de cajas de mazapán! No digamos nada de los Alberto Durero, ni de los Hans Holbein de la ciénaga alemana, ni de los Reinolds, Gainsborough, Hoppner ni George Morland, de la charca inglesa. Pues ¿dónde dejamos a la escuela clásica española? ¡Ese horrible Greco! ¡Esos Ribera, Zurbarán, Velázquez, Alonso Cano, Murillo y Goya! ¡Vulgaridad de vulgaridades!

Nosotros flotamos en el éter estratosférico, libres de la gravedad de lo prosaico y estomacal, y nos columpiamos dulcemente en las ondas...

Así, al pronto, parecemos unos paranoicos, pero nos traemos lo nuestro. Unos sabiéndolo, y otros por imitación, cumplimos unas misteriosas consignas del culto a lo feo y a lo extravagante, como sabe muy bien ese angelito, que se llama Pablo Picasso, y demás «hermanitos». —JAIMITO.

Originales ideas de un artista que copiaba

Mi amigo era un hombre extraño. Sus más notables cualidades consistían en una absoluta repugnancia por cualquier tipo de trabajo, y en su peregrina y desconcertante manera de enfocar las cosas.

La penúltima vez que le vi, rezumaba amargura por los cuatro costados.

—Soy un incomprendido—me dijo, poniendo cara de señor bajo recitando «qué solos se quedan los muertos», y me explicó el por qué.

«Hace un par de años me dió por la pintura. Me compré una chalina, distribuí caprichosamente por mi ropa la cantidad de manchas reglamentaria, aprendí a decir «entonado», «veladura» y «rococó» y a hablar mal de los demás pintores, y me dispuse a conquistar la gloria y a pasar hambre. Esto lo conseguí plenamente, pero la gloria se me negó, como una guía de aceite, por la incomprensión de unos críticos de criterio estrecho.

»Hice una exposición de cuarenta obras, todas ellas copias de cuadros célebres.

»Los críticos se me echaron encima como un solo cretino. Todos coincidieron en que un artista verdadero debe pintar del natural y dejarse de copias, y el más benévolo de ellos me insinuaba amistosamente la posibilidad de confeccionarme con los lienzos expuestos una albarda «para andar por casa».

Mi amigo emitió penosamente una carcajada sarcástica, que le arrancó dos botones del chaleco, y prosiguió en tono acerado:

«¿Copias?, ¿natural?, ¿natural?, ¿copias?, ¿naticopias?, ¿coral? Pero ¿qué es el natural, señor? ¿Es que un cuadro no es natural, no tiene corporeidad, forma, dimensiones, etc.? La diferencia entre un árbol y un cuadro está en que éste es más bello. Prueba de ello es que hay museos de cuadros y no los hay de árboles. Y sin embargo, los críticos se extasían ante la pintura de un árbol roñoso y comido por la carcoma, y ponen cara de asco ante la pintura de una buena pintura. ¡Bah!

»Y si lo que hay que buscar es naturaleza pura, sin intervención de la mano del hombre, ¿por qué se pintan bodegones, y retratos, y casas?

»No creo que los tiestos, los frutereros, los señores con barba, etcétera, se siembren, se rieguen (bueno, los tiestos sí) y se cosechen.

»Y en otro sentido, ¿de qué natural copiaban el Greco sus ángeles y Goya sus Saturnos? Claro, eso es muy fácil. Como nadie ha visto ni ángeles ni Saturnos, no se sabe qué tal les salió.

»Y, por último, me duele la diferencia de trato entre unos pintores y otros. Yo copio un cuadro por el lado bueno, por el lado de la pintura, y me ponen verde. Bueno, pues va Velázquez, pinta un trozo (ni siquiera entero) de cuadro visto por detrás, feísimo, sin marco, y generaciones enteras de críticos astutísimos ponen los ojos en blanco de España ante «Las Meninas».

»¡Qué asco! Lo que son las recomendaciones.

»Pintar del natural, cualquier cosa, antes que copiar. Por lo visto, cualquier cosa tiene máa dignidad artística que un cuadro. Según eso, los amantes del arte deberían tener, en vez de un cuadro en el comedor, cualquier otra cosa; por ejemplo, una camiseta de invierno color ceniza clavada con gruesas tachuelas doradas y con las iniciales del dueño de la casa bordadas en rojo. Sería un interior precioso, muy superior a «Las Hilanderas».

Y mi amigo, completamente congestionado, se marchó murmurando, dejándome en la más absoluta seguridad de que estaba loco y de que, además, era imbécil.

Sin embargo, le he visto hace poco, y ya no estoy tan seguro de si está loco o no. El hecho de que esté recluido en un manicomio ya es suficiente para dudarlo, pero es que además se pasa el día sentado con un corcho en la boca y una especie de chaleco de mimbre, jurando que es una bombona, y ha conseguido del Director (y esto es para sospechar de su posible locura) un suministro diario de litro y medio de vino tinto.

Los domingos dice que le toca champán, y se pasa el día dando corchazos a la gente. Tiene la nariz un poco más colorada, pero su aspecto es inmejorable.

Y no trabaja nada.

Todo esto y el malicioso brillo de su mirada cuando me vió, me hace pensar que, o está bien cuerdo, o por lo menos es un loco que sabe lo que se trae entre mimbres.

MANUEL

Concluimos en este número la publicación de nuestro Reglamento.

— 22 —

Leyendo la lista de asociados.

Por papeletas.

Y secreta.

Art. 41. Cuando la votación sea por papeletas, se procederá al escrutinio tan pronto termine aquélla, y cuyo resultado hará público el Secretario 1.º

CAPÍTULO VIII

De las obligaciones de los asociados

Art. 42. Son deberes de los asociados:

a) Asistencia puntual a todos los actos reglamentarios.

b) El envío de un escrito en que justifique su ausencia.

c) Aceptar los acuerdos de la mayoría y los cargos y comisiones que la Asociación le enco-

— 23 —

miende, siempre que circunstancias excepcionales se lo impidan, a juicio de la Directiva.

d) Guardar en su poder un ejemplar de este Reglamento y observar puntualmente su articulado.

e) Pagar puntualmente la cuota fijada.

f) Comunicar a Secretaría cualquier cambio de residencia o domicilio.

CAPÍTULO IX

Disposiciones varias.

Art. 43. Podrán pertenecer a la Asociación: artistas o simpatizantes de ambos sexos.

Art. 44. Si por cualquier causa se disolviera la Asociación, sus bienes se dedicarán a la Beneficencia.

Art. 45. La Junta Directiva, y por mayoría

LOS CANDILES

Crónica cuarta



DIXERA lo que siento en cuanto a los méritos de los dos nuevos Caballeros Candiles don Manuel de Pintado y don Manuel de Esteban Ynfantes, magüer esta verdad es intolerable a sus oídos, por modestos, ítem más de ser públicamente conocidas, tanto la habilidad del primero para el arte del dibuxo y la pintura, ya trátense de simples a pluma, o al agua fuerte grabados, ya manejando el color que agua-rela llámase, o al mismo delicado pastel, así como lanzando jipios de lo jondo, donde tampoco motilado está de brazo alguno (o tampoco es manco, como pronunciase agora).

Y en cuanto al segundo, pruebas ha dado en todo tiempo y lugar de sus dotes de gran músico, ora sea tocando la vigüela, ora la guitarra, ora el piano, ora la acordeón, ora música componiendo, y también fablando, dibuxando, cantando, dirigiendo, y anécdotas cantando, sesiones interrumpiendo, pianos colin buscando, recabando y consiguiendo, etcétera, etc.

Apreciadas por el cónclave candilero estas virtudes de los antedichos, acordó su admisión y investidura de Caballeros Candiles previo el solene ritual de rigor y el homenaje que por sus méritos merecíanse. Así, a los cinco días del finado mes de marzo presentóse en el patio de donde la boca de las cuevas parte, el mentado don Manuel de Pintado en compañía del que aquesto escribe que oficio de padrino facia, y donde ya esperaba el Caballero Introdutor portando el candil de ceremonias, que el futuro Caballero fué solenemente invitado a encender, fecho lo cual no sin grande emoción condújonos al interior de las cuevas, donde en pie, y a oscuras esperaban el resto de los Caballeros Candiles y el nuestro Capitán, todos portando candiles apagados que el Caballero Introdutor fué encendiendo con el suyo, al mismo tiempo que el nombre pronunciaba del que encendía, lo que hacia los oficios de presentación al novicio, de los Caballeros Candiles.

Finada esta ceremonia, procedióse a tomarle juramento de fidelidad a Toledo y al Candil y pronunciados los dos ¡si juro! con potente voz que repitió el eco de las cuevas, el aspirante acogido fué como un Caballero Candil más, y procedióse servir la cena que por este fecho ofreciosele, la cual cena discurrió en grande armonía y contentamiento de todos, y al final amenizada fué con un concierto de acordeón

pulsada por el entonces aspirante don Manuel de Esteban Ynfantes, el cual con la misma ceremonia y ritual, así como con idéntica emoción fué investido de Caballero Candil a los doce días del finado marzo, habiendosele ofrecido otra cena, que de judías y negras componiase, por lo que fué combatida con especial encono por los Caballeros Candiles, que tratándose de judías y negras conviértense en valerosos cruzados, dando fin dellas en un santiamén, y en una segunda batida del hermano Carracuca fueron perseguidas las negras fasta en sus confines últimos.

La cena finada, el nuevo Caballero Candil ofreció un concierto de acordeón, que embelesó y mantuvo en continua emoción a los Caballeros, que no paraban de lanzar alabanzas de admiración y contento, ya que las voces deste instrumento, agrandadas por las cavidades soterráneas, suenan de tal guisa que más que de acordeón de órgano y de los buenos se parecen, y así oimos las llamaradas de la danza ritual del fuego del maestro Falla, y las fúnebres notas de la sinfonía de Behetoven a la muerte de su padre, además de otro sin número dellas de todos colores y para gustos todos.

Al siguiente sábado acordóse que se estableciera en las cuevas una clase de dibuxo y pintura, para lo cual bastaba colocar cualquier modelo y del copiar, por ver la habilidad así como la invinción de cada uno en interpretallo, por lo que a los veinte y seis días deste finado mes reunimonos pertrechados, quien de caballete y olios, quien de papel y lápices, y todos con el animo puesto en trabajar, lo que se fizo con grande contento; y estando dibuxando, llegaronse a las cuevas un en derecho licenciado, de Buenos Aires de Indias natural, y otro arquitecto y pintor, de Chile de Indias nativo, y los dos con deseos de a nos conocer y a nuestras cuevas, así como de nuestros propósitos catar, los que fuéronles expuestos causando su admiración. Más luego les fué ofrecido un concierto de «acordión», como llamaronla «qué linda acordión», manejada a placer por el Caballero Esteban Ynfantes, era de ver la emoción dellos al sentir las melodias de su tierra, los ¡qué notable! y ¡maravilloso ché! caían torrencialmente, siendo tal su embeleso que en volver quedaron al siguiente sábado; de cuyos fechos cuenta daré en la crónica del venidero mes, si Dios es con nos.

DON PERO



— 24 —

de votos, podrá acordar la expulsión del seno de la Asociación a cualquier miembro de la misma que, por su conducta, fuera merecedor de tan rigurosa medida.

Art. 40. Todo lo no previsto en el presente Reglamento, se resolverá de acuerdo con la mayoría.

Toledo, 12 de Octubre de 1947.

Firman por la Comisión:

ANTONIO DELGADO. ENRIQUE VERA SALES.
ALFONSO BACHETI. GUERRERO MALAGÓN.
CECILIO BÉJAR. JERÓNIMO GARRIDO.
EMILIO G.^a RODRÍGUEZ.

Queda registrada en el libro correspondiente de Sociedades al folio 3.º, núm. 1.—Toledo, 8 de Enero de 1948.—El Gobernador Civil, BLAS TELLO.

Hay un sello que dice: «Gobierno Civil de Toledo.—Secretaría General.»

— 21 —

orden algún orador, por desviarse del fondo de la cuestión u otros hechos improcedentes, le será retirada la palabra por el Presidente, llegando incluso a requerirle para que abandone la Junta, si su actitud así lo aconsejara.

Art. 39. Si durante la sesión ocurriera algún desorden, se suspenderá ésta, reuniéndose acto seguido la Junta Directiva para la resolución que estimara por conveniente, la cual pondrá en conocimiento de la General tan pronto lo estime.

CAPÍTULO VII

De las votaciones

Art. 40. Las votaciones tendrán lugar:
Por aclamación.
Por levantados y sentados.

Un artista...

JENARO

Una maravilla...

LA TIJERA DE JENARO

ARTISTAS:

Lo seréis doblemente si sentís
por dentro el arte... y por
fuera...

os viste JENARO

ZOCODOVER, 7

Los artistas,

personas de

buen gusto,

ENCARGAN

SUS

BANQUETES

EN LA TIPICA
VENTA
TOLEDANA
DEL

Merendón

Teléfono 1415



EXPOSICIÓN

DE

CARTELES DEL VALLE

SALÓN ALTO DEL AYUNTAMIENTO

Del 10 al 15 de Abril

Horas de visita: de ONCE a UNA y MEDIA

La Junta de Festejos de Toledo, ha convocado el Concurso de Carteles del Corpus Christi de 1949. Damos a continuación los datos más importantes de las bases que ha publicado.

Tema libre.—Cuatro tintas como máximo.—Dimensiones totales 100 por 62 cms. Solamente contendrá como texto:

Corpus Christi. Toledo, 1949.

Los trabajos se entregarán, hasta el día 20 de Abril, en el Ayuntamiento, señalados con un lema y plica cerrada.

PREMIOS: uno de 2.500 pesetas; otro de 1.500 y uno especial de 1.000 pesetas.

LIBRERIA Y PAPELERIA

G.-MENOR

Venta de colores "ROSALES"

Óleo.

Tempera.

Acuarela.

Pastel.

Lienzo.

Papel.

Pinceles.

Barnices, etc.

MOLDURAS EN TODOS TAMAÑOS

Comercio, 57.-Teléf. 1405

Exclusiva de venta de la acuarela
extrafina "ROSAL FORTUNY"

Precios especiales para los
socios de "ESTILO"



RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

